



Fr. EMILIO ROCHA GRANDE O.F.M.
Arzobispo de Tánger



Esta tarde en que he recibido, por la imposición de manos y la plegaria de ordenación el ministerio episcopal vienen espontáneamente a mi mente y a mi corazón las palabras del salmo 15 con las que inicié también mi servicio a esta archidiócesis de Tánger como administrador apostólico: *“Me ha tocado un lote hermoso, me encanta mi heredad”* (sal 15,6). Si hace un año estas palabras nacían de un deseo tejido de sorpresa, ahora brotan con parecida intensidad, pero teniendo tras de sí muchos rostros y experiencias vividas a lo largo de estos meses en que he tenido el privilegio de acompañar a quienes formáis esta Iglesia local en vuestro camino cotidiano, compartiendo con vosotros proyectos, ilusiones y realizaciones, pero también dificultades, penurias y reveses.

Hoy, mirando hacia atrás y contemplando el camino recorrido, no sólo durante este último año, sino a lo largo de toda mi vida, no puedo por menos que proclamar con el salmista: *“¿cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?”* (Sal 115) Y es que, recorriendo mi historia personal, en la que percibo claramente la mano del Señor, lo que brota de mi corazón es un himno de acción de gracias.

- Gracias, en primer lugar a Dios que, de manera absolutamente gratuita me ha llamado a la vida y me ha concedido hacerlo en una familia en la que he recibido, no solo la vida, sino también todo lo necesario para crecer humana y espiritualmente. Por mis padres, fallecidos hace ya muchos años, y por mi hermano, que me acompaña en esta celebración, doy muchas gracias al Padre de las Misericordias.

- Gracias también por toda mi familia; cada uno de sus miembros ha ido marcando mi vida y ayudando a modelar mi persona; sus palabras y gestos

concretos han sido y siguen siendo para mí un apoyo y un estímulo para el diario caminar. Gracias, de modo particular a quienes hoy estáis en esta iglesia catedral, pero también a todos los que me acompañáis en la distancia con vuestro afecto y oración.

- Doy gracias también a Dios por los Hermanos de las Escuelas Cristianas que en el colegio de La Salle San Rafael de Madrid, ciudad en la que nací a la vida y a la fe, acompañaron con dedicación y competencia mi camino de niño y adolescente, educando al mismo tiempo mi mente y mi corazón, ayudándome a conocer y amar más a Dios.

- No puedo dejar de agradecer mi paso por las parroquias de Nuestra Señora de los Dolores, en la que fui bautizado y Nuestra Señora de las Maravillas, en la que fui madurando en la fe, formando parte de un grupo juvenil de la “Legión de María”; de aquella época conservo algunos de mis amigos más queridos.

- Y ¿cómo no dar gracias a Dios por el don de la vocación franciscana que abracé formalmente a los veinte años cuando, concluido mi noviciado emití mi profesión religiosa? Y por tantos hermanos, formadores y compañeros de fraternidad, que han ido tejiendo conmigo el tapiz de una alianza en la que Dios siempre se ha mostrado fiel y en la que yo, tantas veces, he caminado siguiendo solo de lejos las huellas del único Maestro.

- Doy gracias a Dios por la Orden de los Hermanos Menores en la que me he formado, en la que he vivido y de la que formo parte; precisamente como hermano menor, teniendo presente a san Francisco de Asís que vivió el Evangelio de nuestro señor Jesucristo con sencillez de corazón, obediencia y humildad, asumo esta nueva misión que, a través del Papa Francisco, me encomienda hoy la Iglesia. Soy consciente de mis muchas limitaciones y carencias, pero acepto con esperanza y alegría una misión que, estoy convencido viene de Dios y me pide hacer las veces del Buen Pastor en esta Iglesia particular de Tánger, a la que, en los meses en que he servido como administrador apostólico, he aprendido a amar y a la que quiero entregarme con lo mejor de mí mismo.

Orientando ahora la mirada del corazón hacia este momento de mi vida personal en que me encuentro por pura gracia de Dios, lo que sigue brotando de mis labios es una intensa acción de gracias.

- Gracias a los miembros de la vida consagrada que, procedentes de numerosos países, trabajáis en la Viña del Señor en esta parcela de la Iglesia universal que es la archidiócesis de Tánger; vuestra presencia, contemplativa en nuestras hermanas Carmelitas Descalzas y volcada en innumerables acciones orientadas a responder a las múltiples carencias que aquejan a muchos de nuestros hermanos, sostiene en buena medida toda la acción evangelizadora y pastoral que llevamos a cabo.

- Gracias al mosaico multicolor de lenguas, países y culturas formado por los laicos; familias que, en algunos casos tenéis hondas raíces en esta tierra y en otros, os encontráis aquí por motivos laborales o por razones de estudio. Vuestra participación activa en la vida de la diócesis hace posible que podamos anunciar y construir el Reino de Dios con nuestra vida y nuestra palabra

- Un agradecimiento particular a los obispos ordenantes, monseñor Cristóbal López, cardenal arzobispo de Rabat que preside mi ordenación episcopal y, con él, a monseñor Vito Rallo, Nuncio del santo Padre en Rabat y a monseñor Santiago Agrelo, mi predecesor en la sede Tangerina y que tanto hizo por cuidar esta parcela del pueblo de Dios, con una mirada especialmente atenta hacia el drama de los migrantes subsaharianos. Gracias también a vosotros obispos, presbíteros y diáconos que habéis querido concelebrar en esta solemne eucaristía de ordenación episcopal, expresando de este modo vuestro afecto y cercanía fraterna hacia esta Iglesia local.

- No puedo sino daros las gracias a todos los que, desde que el pasado 7 de febrero se hizo público mi nombramiento como arzobispo de Tánger, habéis estado trabajando con ilusión y empeño, dentro y fuera de la diócesis, para hacer que esta celebración y todo lo que conlleva se desarrolle adecuadamente y podamos vivir con serenidad y alegría este acontecimiento que afecta a la Iglesia universal. Os felicito por vuestro trabajo y pido a Dios sea Él quien colme de bendiciones vuestras vidas y proyectos. Con especial cariño doy las gracias a mis colaboradores más cercanos en la curia diocesana y a todas las personas implicadas en la preparación y ejecución de los cantos, elementos tan importante en la liturgia cristiana.

A todos os ofrezco mi tiempo y mi ministerio episcopal. A los miembros de los institutos de vida consagrada con quienes quiero colaborar pastoralmente, favoreciendo vuestra fidelidad creativa al carisma recibido; a los laicos,

llamados particularmente a ser sal de la tierra y luz del mundo en medio de las múltiples actividades familiares, laborales y sociales; de modo particular ofrezco mi cercanía y acompañamiento a los jóvenes que, procedentes de numerosos países sois esperanza para la Iglesia que peregrina en Tánger; seguid contando con todo mi apoyo también en la organización de la próxima Jornada Mundial de la Juventud, para la que os estáis preparando intensamente.

El ministerio episcopal es llamada y don divino, pero su realización se concreta en un tiempo y espacio muy determinados, y es en ellos donde se pide al obispo decir una palabra que ilumine y asumir decisiones que favorezcan el crecimiento del pueblo de Dios. En Marruecos una dimensión importante de mi servicio pastoral tiene que ver con el diálogo interreligioso llevado a cabo con los creyentes musulmanes, sin olvidar el cultivo cordial y fraterno de las relaciones con los hermanos de las confesiones evangélica y anglicana, a cuyos respectivos pastores agradezco su presencia en esta celebración al igual que doy las gracias a quienes, profesando la fe islámica, habéis querido expresar con vuestra presencia el respeto y amistad que sentís hacia la Iglesia Católica.

Pido a Dios sostenga y anime mi ministerio episcopal; me dé *“fe recta, esperanza cierta, caridad perfecta”*, y con ellas, capacidad de discernimiento prudencia, humildad, parresía, y un deseo de buscar en toda circunstancia aquello que se presenta como su voluntad, sin rehuir las dificultades que puedan presentarse en el camino

Que la Virgen Madre de Dios, en su advocación de Nuestra Señora de Marruecos me acompañe a lo largo el camino que hoy se inicia y que deseo recorrer junto a todos vosotros, hasta que un día se culmine, cuando me abrace *“nuestra hermana la muerte corporal”*, y por la misericordia de Dios, pueda ser admitido al *“Banquete del Reino de los cielos”* y en él pueda gozar en plenitud junto a vosotros lo que aquí y ahora vivimos en esperanza.